

¿Es posible recuperar el sentido de la política?

DANIEL GUILLERMO VALENCIA NIETO

Resumen

Se trata de hacer un análisis, desde Hannah Arendt y Chantal Mouffé, o desde la filosofía política y desde la teoría política, acerca de las consecuencias de lo que se denomina la mala política, fenómeno causante del sufrimiento humano que padecen millones de personas en todo el planeta (sobre todo en el Tercer Mundo), y así intentar responder al interrogante que no sólo se hacen los intelectuales sino la mayoría de los ciudadanos: ¿es posible recuperar el sentido de la política? Es decir, qué hacer para no tener que resignarnos a la política sin poder, a la política reducida al espectáculo mediático, mientras que las sociedades en las cuales vivimos se desmoronan en medio de la incertidumbre, la violencia, la miseria y el desencanto.

Palabras clave: Política. Democracia. Poder. La mala política. Esfera pública. Ciudadanía.



Actualidad de un debate

A propósito de los procesos electorales que han tenido lugar en la mayoría de los países de América Latina durante los dos últimos años, faltando inclusive, para el segundo semestre del 2006, las elecciones presidenciales en México y las de Congreso en los Estados Unidos de Norteamérica, cobra vigencia el debate acerca de los efectos nocivos que la política causa en las sociedades latinoamericanas, efectos que se sienten en la economía, lo social, la cultura y hasta en los constantes desplazamientos o migraciones que se observan a lo largo de la región.

La pertinencia de mantener el debate, y hacer algunos aportes, resulta de las expectativas generadas por el pausado pero notorio giro hecho, por los electores, en dirección a propuestas cercanas a la izquierda, representadas en políticos medrosos como Lula Da Silva en Brasil, Néstor Kirchner en Argentina, Tabaré Vázquez en Uruguay y Michelle Bachelete en Chile, o políticos radicales, de corte populista, como Hugo Chávez en Venezuela y Evo Morales en Bolivia, tomando por populistas, según el concepto de Norberto Bobbio¹, a aquellos gobernantes de extracción popular, es decir que salen de las entrañas de los sectores populares de la población, y cuyas ejecutorias de gobierno apuntan a sintonizarse y a atender, con preferencia, las demandas de esos sectores sociales de donde provienen dichos políticos. Por otro lado, mientras que el electorado peruano optó por el mal menor que simboliza Alan García, resignándose a una especie de continuismo, en Colombia más de siete millones de votantes confirman el giro de la política pero hacia la extrema derecha, giro que inició cuatro años atrás un país que estuvo bajo la égida de gobiernos liberales durante cuatro largas décadas.

Pero, desde la izquierda o desde la derecha, lo que no se puede ocultar es la deuda social que la política tiene con estos pueblos que padecen los mismos problemas hace más de medio siglo y cuyas soluciones se han aplazado irresponsablemente: miseria (en muchos lugares

rayana en la demencia), atraso científico y tecnológico, infraestructura vial y de servicios públicos inadecuada para el desarrollo, carencia de mercados internos sólidos que permitan la producción y distribución de la riqueza, altas tasas de criminalidad (sobre todo juvenil) en las grandes ciudades, incapacidad para llevar a cabo novedosas y agresivas reformas agrarias que permitan el aprovechamiento de las llamadas ventajas comparativas, sumando a eso los repugnantes escándalos de impunidad y de corrupción en la justicia, y en el resto de la administración pública, y la crueldad de la violencia ejercida por grupos irregulares (de toda pelambre) que en muchos lugares ocupan el vacío dejado por el Estado, todo lo cual tiende a agravarse con el fenómeno de empobrecimiento de amplias clases medias, las cuales ascendieron, gracias los procesos de industrialización que trajo el modelo de sustitución de importaciones, pero que hace ya una década observan perplejas cómo se evaporan los niveles de vida alcanzados.

La mala política

Los problemas enumerados son resultado de la *mala política* que se ha cultivado en la historia de estas repúblicas, desde su nacimiento, problemas que se van volviendo incontrolables a medida que sus consecuencias de sufrimiento, daño y desesperanza, hacen que aumente, entre los ciudadanos, la apatía y el desencanto por la política, si es que alguna vez lo han tenido. Y mientras el grueso de la población da la espalda a la política y prefiere abstenerse de participar en los diferentes procesos democráticos, una mayoría de políticos de oficio se ocupa de repartijas mediante las cuales destrazan la *cosa pública*, erosionando, cada vez más, la confianza en las instituciones del Estado y menoscabando el interés general por defender lo público, para terminar haciendo de la política un espectáculo mediático que se nutre, recurrentemente, del escándalo, de la simulación de debates y discusiones acerca del interés común, o de la fabricación de imágenes y contraimágenes que se sostienen o se desmoronan dependiendo de la habilidad en el uso y manipulación de las lógicas y los lenguajes propios de los medios de comunicación masiva.

1 Bobbio, Norberto. *Ni con Marx ni contra Marx*. México D. F. Fondo de Cultura Económica. 2000.

La política se define por lo correcto o lo incorrecto, y ello tiene que ver es con la toma de decisiones en la conducción del Estado, por supuesto de los asuntos públicos, es decir, lo que nos afecta a todos. La toma de las decisiones es el ejercicio del poder en la ejecución de una acción, o conjunto de acciones, que los agentes de poder, ya sea elegidos democráticamente o que se imponen despóticamente, determinan al interior de un grupo social específico, con el fin de, o mantener el *status quo* o, cuantas veces sea necesario, introducir los cambios y transformaciones que se requieran.

¿A qué nos referimos con eso de la *mala política*? La idea la desarrolla Zygmunt Bauman², y de entrada, hay que descartar cualquier viso moralista sobre ese concepto; el asunto no se resuelve pretendiendo identificar, mucho menos separar, los buenos de los malos. La política se define por lo correcto o lo incorrecto, y ello tiene que ver es con la toma de decisiones en la conducción del Estado, por supuesto de los asuntos públicos, es decir, lo que nos afecta a todos. La toma de las decisiones es el ejercicio del poder en la ejecución de una acción, o conjunto de acciones, que los agentes de poder, ya sea elegidos democráticamente o que se imponen despóticamente, determinan al interior de un grupo social específico (llámese éste una nación o cualquier otro tipo de organización social), con el fin de, o mantener el *status quo* o, cuantas veces sea necesario, introducir los cambios y transformaciones que se requieran.

Para el caso de las democracias modernas, la toma de decisiones corresponde a los cuerpos políticos del poder público que representan, regularmente, la voluntad general conferida mediante el sufragio, mecanismo con el cual los ciudadanos encargan a sus representantes y gobernantes elegidos el ejercicio del poder para que la política produzca cohesión entre los asociados, es decir, proponer, planear y ejecutar proyectos de integración social con los cuales se consiga superar la inequidad que normalmente se presenta en el

desarrollo de las relaciones de producción, así como generar condiciones que provean al cuerpo social de seguridad, de oportunidades para la elevación de los niveles y la calidad de vida de todos los miembros de la sociedad, y de mecanismos legales, ágiles y eficaces, que eviten la impunidad y, a la vez, sirvan para velar porque se respeten las garantías individuales y colectivas que aseguran la libertad. Cuando la política consigue eso, como logros básicos pero vitales, podemos afirmar que la política tiene sentido porque el poder, ejercido correctamente, redundará en beneficio del conjunto de la sociedad.

Por supuesto, la *mala política* no es otra cosa que el resultado, o de un incorrecto ejercicio del poder, hasta ciertas instancias y momentos, o la ausencia de poder, es decir la política sin poder, lo que implica que los agentes gubernamentales, elegidos popularmente, en el caso de las democracias, y todo el cuerpo de eso que se llama burocracia o administración pública, quedan supeditados y actúan al servicio de otros poderes y otros actores que ignoran y desvirtúan el mandato popular. Las consecuencias saltan a la vista: la democracia restringida a meras formalidades, los procesos electorales convertidos en una caricatura, o en un carnaval mediante el cual se legitiman los grupos interesados en mantener y aprovechar tal situación, y la política reducida a un simulacro de ejercicio del poder que casi siempre va en desmedro de los bienes, de los intereses y de los asuntos públicos.

2 Bauman, Zygmunt. *En busca de la política*. México D. F. Fondo de Cultura Económica. 2002.

Volviendo al debate que señalábamos al comienzo, sobre los efectos nocivos de la *mala política* en los diferentes países de América Latina, son bastantes y frecuentes los análisis que se ocupan de lo incorrecto de la política en tanto el ejercicio del poder ha descuidado la implementación de programas económicos, sociales y culturales, originales y de avanzada, con los cuales se logre colocar a estos países en el sendero de un auténtico proyecto histórico de modernidad y modernización.

Sin embargo, en este artículo vamos a ocuparnos de la pérdida del sentido de la política pero por la segunda acepción que se expuso en cuanto a que la *mala política* también es consecuencia de la ausencia de poder, de tal suerte que la política degenera en remedos de proyectos sociales de mediano y largo aliento, en la improvisación de programas y acciones gubernamentales, en la inestabilidad de las sociedades y en la precariedad de las democracias, en las cuales los actores, directamente involucrados (gobernantes y gobernados), viven un permanente divorcio que apenas se soslaya con el recurso de sofisticadas y acertadas estrategias de comunicación mediática útiles para simular gobernabilidad, mandato popular, libertades y débiles manifestaciones de adhesión de los ciudadanos.

Para explicar ese concepto de *política sin poder*, y sus consecuencias en las sociedades contemporáneas, vale la pena hacer una lectura paralela de dos teóricas de la política, bastante reconocidas y referenciadas en los estudios e investigaciones de las ciencias sociales actuales, Hannah Arendt y Chantal Mouffe, en cuyos trabajos se pueden hallar descripciones y disertaciones, serias y bastante elaboradas, sobre la política, la democracia y el poder, lo mismo que sobre los sucesos históricos que han incidido en su deterioro, la crisis que acusan dichos fenómenos y las posibilidades de encontrar la salida desandando el camino que ha conducido a tal situación.

Una lectura desde la teoría y la filosofía política

Hannah Arendt y Chantal Mouffe, dos teóricas contemporáneas en las ciencias sociales, ofrecen, cada una, una visión realista de la política,

interesante no sólo por lo que plantean sino por lo que provocan. Dos visiones que, tomando el respectivo cuidado de no forzarlas ni como complementarias ni como opuestas, pueden resultar pertinentes para un análisis conjunto, toda vez que Arendt habla desde la filosofía política y Mouffe desde la teoría política.

En el centro de los aportes para el debate, del que se hace mención al comienzo de este escrito, ubicamos la pregunta sobre ¿cuál es el sentido de la política en el contexto actual, tanto al interior de los estados nacionales, que permanecen vigentes no obstante los constantes anuncios de su desaparición, como en el marco de las relaciones internacionales globalizadas por las fuerzas aparentemente incontrolables del capital financiero?

La pregunta por el sentido de la política cobra fuerza ante los tozudos hechos que a diario confrontan la permanencia y la continuidad de sociedades periféricas como Colombia, país que se debate en medio de un conflicto armado interno, crónico y desgastante, y de la persistencia perversa de índices de pobreza y marginalidad que afecta a la mayor parte de la población, sobreviviendo todos a la tragedia que significa vivir atrapados entre la retórica vacía de los políticos y el silencio de los guerreros, en el decir de Daniel Pecaut³. Para intentar arriesgar respuestas a la pregunta central, el trabajo de Arendt y el de Mouffe aportan un interesante debate que deriva en otras preguntas: ¿es posible vincular, nuevamente, política y poder?, ¿son irreconciliables conceptos como individuo y ciudadano?, ¿estamos condenados a tener que escoger entre defender la libertad individual (el derecho) o defender la libertad política (que propende por el bien común?).

A lo largo de su obra más destacada, *La condición humana*, Arendt⁴ elabora un diagnóstico bastante radical acerca de la crisis de la política en el mundo moderno, diagnóstico elaborado con un tono pesimista que sólo ve salida en la instauración de un republicanismo cívico que nos devuelva el sentido de la política, sin que la autora se arriesgue a vislumbrar propuestas concretas de cómo llegar a él. El tono pesimista con que

3 Citado por Jesús Martín Barbero en Revista Número, Edición 31, Bogotá, 2001

4 Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona. Ediciones Paidós. 1993

Arendt desarrolla sus trabajos no era infundado, puesto que no sólo tuvo que escribir la mayor parte de su obra en medio de la nostalgia del exilio, sino que además le tocó vivir en una sociedad circundada por la amenaza latente del desastre nuclear, fantasma que persiguió y acabó con los nervios de toda una generación que grabó en su memoria, y en directo, las imágenes del hongo atómico sobre Hiroshima y Nagasaki.

Los males que Hannah Arendt describe, y presiente que se ciernen sobre las sociedades contemporáneas por causa de la política, hoy se han acrecentado y sofisticado: la amenaza sobre la vida, debido al auge del complejo militar industrial y a la proliferación de armas de destrucción masiva, y el sacrificio, colectivo, de la libertad en aras de una pretendida seguridad, tragedias a las cuales habría que agregar los efectos malignos de la elevada corrupción en el sector público, los cuales erosionan la confianza en la democracia y en la política, como ya lo afirmamos atrás.

Arendt hace un análisis de la esfera pública y la privada comparando cómo eran constituidas éstas dos en el mundo antiguo de los griegos y cómo se van diluyendo en la modernidad mediante un proceso que ella denomina el auge de lo social o de la sociedad, el cual, dice, acarreó la simultánea decadencia de lo público y lo privado; además, echa de menos la acción y el discurso como significados objetivos de la política. Afirma que la modernidad puso a buen recaudo aspectos centrales de la política como el poder, el sujeto, el conflicto y el error.

¿*Qué es la política?*, es la pregunta a partir de la cual la autora elabora dicha comparación llamando la atención sobre el equívoco moderno de entender la política como una relación entre dominadores y dominados, concepto con el cual se valida toda exclusión de los hombres, en tanto que activos, de los asuntos públicos. De ese equívoco provienen los prejuicios que se tienen sobre la política y que le desvirtúan todo sentido en las sociedades contemporáneas, prejuicios que van desde pensar que la política es un asunto de administración ajena, hecha para expertos y que, por lo tanto, para su ejercicio se requieren criterios de juicio y valor altamente especializados, hasta llegar a aquellos prejuicios que incitan a abstenerse de participar

o interesarse en la política porque ella representa una sarta fraudulenta y engañosa, o que la política es aquello que fluctúa entre la propaganda vacía y la cruda violencia⁵.

El mundo histórico de la antigüedad que Hannah Arendt describe, no sin algo de nostalgia, consideraba la política como el ámbito del mundo en el que los hombres eran primariamente activos y daban a los asuntos humanos una durabilidad que de otro modo no tendrían. La esfera política surge de actuar juntos, de compartir palabras y actos. La acción y el discurso sólo se construyen mediante la presencia de otros con los cuales y ante los cuales la acción estaba encaminada a la creación de los cuerpos políticos, a la creación y defensa de la *polis*, mientras que el discurso no era considerado como las grandes palabras, o las retóricas floridas, sino la palabra oportuna en el momento oportuno⁶.

Por esa vía la política y el poder van juntos, toda vez que Arendt afirma que el poder sólo existe en su realidad: «El poder sólo es realidad donde palabra y acto no se han separado, donde las palabras no están vacías y los hechos no son brutales, donde las palabras no se emplean para velar intenciones sino para descubrir realidades, y los actos no se usan para violar y destruir sino para establecer relaciones y crear nuevas realidades.»⁷

Llegada la edad moderna, con el auge de lo social, ese concepto se desvirtúa y la política y el poder se escinden, condenando el ejercicio de la política a la acción estéril, propagandística o eficientista, y el discurso, a una retórica vacía de contenidos, mediante lo cual se impone la razón instrumental de los poderes que ahora controlan a la sociedad, en desmedro de la acción comunicativa de la política. Arendt resalta, entre otros, dos fenómenos de la vida moderna que han deteriorado la política y, por supuesto, la han descargado de sentido: el triunfo del *animal laborans*, reducido a la «felicidad» de sobrevivir, y un sentimiento de igualdad moderna donde la conducta ha reemplazado a la acción como la principal forma de relación humana.

5 Arendt, Hannah. *¿Qué es la política*. Barcelona. Ediciones Paidós. 1997.

6 Arendt, Hannah. *La condición humana*. Op. Cit. p. 40.

7 Ibidem. p. 223.

Arendt resalta, entre otros, dos fenómenos de la vida moderna que han deteriorado la política y, por supuesto, la han descargado de sentido: el triunfo del *animal laborans*, reducido a la «felicidad» de sobrevivir, y un sentimiento de igualdad moderna donde la conducta ha reemplazado a la acción como la principal forma de relación humana.

Todas las fuerzas y energías de hombres y mujeres, en el mundo moderno, se concentran en la administración y puesta en movimiento de la gran máquina de la producción. «Bajo las condiciones modernas, la conservación, no la destrucción (está hablando de las prácticas de consumo), significa ruina debido a que la misma duración de los objetos es el mayor impedimento para el proceso de renovación, cuyo constante aumento de velocidad es la única constancia que deja donde quiera que se apodera»⁸. Política sin lugar, sin cuerpo, sin actores, es el resultado de esta alocada carrera de la producción de capital, que no significa otra cosa que el triunfo del *Becerro de Oro* sobre *Las Tablas de Moisés*.

Paradójicamente, para las sociedades latinoamericanas el auge de lo social, del que habla Arendt, también ha producido malestar y desastres pero por efecto contrario al que causa en los países ricos. Es decir, la gran máquina de la producción no ha funcionado para todos y el *animal laborans* promedio se debate en medio de la frustración, del rebusque, de la informalidad o la amenaza permanente de caer en condiciones de marginalidad social. Lo grotesco e insultante para la dignidad humana, que significan la abundancia y el culto al consumismo en el norte, en el sur se traduce a las condiciones infrahumanas en que viven millones de seres humanos que se encuentran sumidos en la miseria, asediados por la violencia y excluidos de los estrechos circuitos del mercado. Aquí el *Becerro de Oro* no ha necesitado triunfar sobre ética alguna, porque la *mala política* no ha permitido construir una esfera pública consistente y duradera.

En esos órdenes, las sociedades, las del norte o las del sur, en todos sus niveles, excluyen la posibilidad de acción, y en su lugar esperan, de cada uno de sus miembros, cierta clase de conducta mediante la imposición de un sinnúmero de variadas normas que tienden a «normalizar» a los miembros, a hacerlos actuar y a excluir la acción espontánea, ya sea para sobresalir o para oponer resistencia. Allí, prácticamente Arendt abandona al lector en tanto describe lo que ella misma denomina un callejón sin salida ante el cual la única posibilidad que queda es la de producir un milagro, no de carácter religioso o sobrenatural, sino mediante la acción del *taumaturgo* que es el hombre, pero sin ocuparse de señalar pasos o procesos que permitan cristalizar su propuesta, sin lugar a dudas interesante.

Ello nos lleva a la obra de Chantal Mouffe⁹, autora francesa que coincide con el diagnóstico que hace Arendt, pero que se atreve a elaborar una propuesta que nos saque del callejón sin salida al que nos condujo la modernidad, partiendo de una crítica, honesta pero valerosa, a los fundamentos del liberalismo (universalidad, racionalidad e individualidad) como también a las debilidades del comunitarismo y/o republicanismo cívico, tomando la calle del medio mediante una apuesta por la democracia radical y el pluralismo, caracterizados por el antiesencialismo de la política.

Mouffe estriba su crítica al liberalismo (no sin antes reconocer que éste le ha permitido a la sociedad occidental entrar a una «autonomía de la política» que posibilita el desarrollo de todos y cada uno de los miembros de la sociedad) en

8 Ibidem. p. 282.

9 Mouffe, Chantal. *El retorno de lo político*. Barcelona. Ediciones Paidós. 1999.

la impotencia de éste para captar la naturaleza de lo político, y en su autoengaño con respecto a la naturaleza de la política. El liberalismo está en incapacidad de dar cuenta de la acción colectiva y busca imponer una pretendida unidad que desconoce los antagonismos. Pero, al mismo tiempo, Mouffe hace una crítica a la perspectiva que proponen los llamados comunitarios (Rawls, Schmitt, Sandel o Taylor) al querer privilegiar el *vivir conjuntamente* entre ciudadanos que, para tal efecto, excluyen el antagonismo y el conflicto, de paso rechazando el pluralismo en aras de la búsqueda de un consenso, de tipo adhesión racional a principios universales estilo Habermas.

Sin mencionarlas, es claro que Mouffe, como Arendt, identifica las mismas dificultades que enfrenta la democracia en los actuales tiempos, y «su mala preparación para afrontarlas»¹⁰. Pero la preocupación de Mouffe no son los peligros y amenazas que Arendt señaló hace más de cinco décadas, y que hoy son más graves, como consecuencia de la crisis de la política, sino cómo recuperar el sentido de la política, precisamente por los siniestros efectos que significa dicha crisis, y es en lo cual coincide con Bauman, teórico contemporáneo de Mouffe, quien también propende por asumir una actitud clínica y no cínica ante la actual situación, puesto que: «la consecuente insignificancia de la política tiene un precio. Un precio muy alto, en realidad. El precio se paga con la moneda en que suele pagarse el precio de la mala política: el sufrimiento humano.»¹¹

La propuesta de Chantal Mouffe consiste en volver a hacer encontrar política y poder, para que las instancias de la representación y la participación democrática (parlamentos, gobiernos, organizaciones sociales y otros cuerpos colegiados) dejen de ser la figura emblemática de la democracia, puesto que, debido a la escisión que señala Arendt, no es en las instancias parlamentarias o de otro tipo de representación popular, donde se toman las decisiones de poder, ya sean económicas, sociales o financieras. El sendero que conduzca a las actuales sociedades hacia ese destino es por la vía de la democracia radical, «entendiendo por ésta la existencia de multiplicidad, de pluralidad

y de conflicto, y ver en ellos la razón de ser de la política.»¹²

Para tal efecto Mouffe destaca que la construcción de la *polis* no puede excluir el *pólemos*, es decir el antagonismo y el conflicto, puesto que en los desarrollos de la democracia se requiere distinguir el antagonismo del agonismo, es decir el enemigo del adversario, y la democracia moderna sólo ha educado a sus ciudadanos para poner los adversarios en el lugar de los enemigos y así eliminarlos. «Lo agonal, lejos de representar un peligro para la democracia, es en realidad su condición misma de existencia.»¹³

Sin caer en discursos banales e ilusionistas, Mouffe da un paso más delante de donde nos deja Hannah Arendt, y plantea su propuesta, casi con el mismo tono con que Gramsci cierra los *Cuadernos de la Cárcel*: «Hay que mantener un pesimismo de la razón junto con un optimismo de la voluntad», y esto, que lo afirmaba con denuedo un hombre que pasó doce años en la cárcel, y salió de allí se puede decir que prácticamente hacia su funeral, ayuda a alentar la idea de imaginar y crear, para América Latina, otra política diferente a la que ha desarrollado en su historia republicana y que es la que le tiene sumida en la pobreza, agotada en el escepticismo y extraviada en la incertidumbre.

América Latina: política sin poder

La situación de una política sin poder se hace evidente en tres escenarios que se observan en la región latinoamericana: el primero corresponde a aquellos países donde los procesos electorales no han significado virajes o cambios notables en cuanto a las élites que tradicionalmente han mantenido el control de los respectivos gobiernos, como es el caso colombiano o el peruano. La celebración periódica e ininterrumpida de elecciones libres, aunque a veces apelando al voto obligatorio (Perú, por ejemplo), da prueba de la alternancia de sucesivos gobiernos sin que se adviertan diferencias sustanciales en sus ejecutorias, aún perteneciendo a partidos políticos, aparentemente, contrarios unos a otros (por ejemplo liberales y conservadores, en Colombia). Sin embargo, una

10 Ibidem. p. 11.

11 Bauman, Zygmunt. Op. Cit. p. 12.

12 Mouffe, Chantal. Op. Cit. p. 39

13 Ibidem. p. 16.

mirada más en cuidado permitirá observar que los cambios o relevos de figuras de poder sólo se producen en las cabezas visibles de gobierno, como presidente o gabinete ministerial, o en la dirección de algunas instituciones relevantes para la ejecución de los programas del gobierno central.

En el trasfondo se sigue moviendo, de un gobierno a otro, como en una puerta giratoria, una élite conformada por tecnócratas de formación académica homogénea, generalmente con estudios especializados en economía, planeación o administración, cursados en las más importantes universidades con sede en los Estados Unidos de Norteamérica, quienes vienen debidamente entrenados para dirigir la política económica que agendan, para estos países, los organismos multilaterales (Banco Mundial, Organización Mundial del Comercio, Fondo Monetario Internacional, entre otros). Desde allí se fijan los borradores y las pautas que cada gobierno debe garantizar que ejecutará mediante una estrategia de simulación que haga creer que las decisiones de mayor impacto en el manejo de la economía, de la contratación pública o de las políticas públicas, se toman en el gobierno, cuando cada ministro o alto funcionario sabe que sólo está ejecutando un programa económico predeterminado en otras instancias y hasta en otras latitudes, lejanas y ajenas al contexto local.

En este caso, la política sin poder se camufla en la constante visibilidad y publicidad que el Estado y los gobernantes se preocupan por cuidar al detalle, convirtiendo las estrategias de comunicación mediática en lo más esencial del Estado, y, en el decir de Regis Debray, la debilidad administrativa se compensa con una fortaleza en la administración de la imagen, porque ahora el Estado, «cuanto menos autoridad tiene, más cuida su publicidad»¹⁴. De la mano de los directores y dueños de medios masivos, los gobernantes participan en una especie de *coproducción del acontecimiento simbólico*¹⁵, que hace de la política un verbo sin carne, y que no se detiene a medir los estragos que causa.

El segundo escenario donde se evidencia el fenómeno de la política sin poder es en la

situación por la que atraviesan los gobiernos del cono sur latinoamericano que han alcanzado la presidencia, por la vía de las urnas, levantando el estandarte de la izquierda pero presionados, y hasta comprometidos a mantener las políticas y a garantizar la continuidad de los programas que la derecha ha fijado para estos países a lo largo de los últimos veinticinco años. De esta manera, los triunfos electorales de la izquierda se acercan más a sucesos simbólicos que movilizan esperanzas y despiertan expectativas en la ciudadanía, de la cual reciben un gran respaldo, pero que gobiernan bajo el monitoreo de los organismos multilaterales como garantía de que las políticas no se aparten del manual de economía fijado por ellos mismos y dispuestos a aislar los gobiernos o países que osen desviarse de sus directrices.

La política sigue de cuerpo presente en estos países pero el poder está en otro lugar y en otras instancias diferentes a los llamados gobiernos de corte popular, los cuales actúan asediados por el fantasma de las dictaduras militares y el terror que el sólo recuerdo despierta en la memoria colectiva de esos pueblos, siempre bajo la amenaza de recibir fuertes sanciones económicas en caso de desviarse de las directrices económicas del capitalismo globalizante, alto costo que de seguro no están dispuestos a pagar los gobernados. Pero además, están bajo la presión de las empresas periodísticas, regularmente de propiedad de las élites tradicionales que quieren que nada cambie a pesar del cambio de gobierno, con directores y periodistas a su servicio para que, mediante la estrategia del halago y la exhortación velada a los gobernantes, vigilen para que los gobiernos de izquierda no cometan la veleidad de apartarse del modelo económico que causa y seguirá causando los efectos nocivos entre la población, la cual ignora la situación y demanda el ejercicio del poder que la política ya no tiene.

En sentido contrario a esa situación, se ubican los actuales gobiernos de Venezuela y Bolivia, donde la ruptura con el modelo económico neoliberal es más notoria, radical en el caso venezolano, y por supuesto constantemente denigrados por el gobierno norteamericano y por la mayor parte de los medios de comunicación masiva del continente que se encargan de darle despliegue a la información que filtran los sectores

14 Debray, Regis. *El Estado seductor*. Buenos Aires. Ediciones Manantial. 1993. p. 26.

15 Ibidem. p. 146.

de las élites tradicionales, aliados incondicionales de los Estados Unidos, que por décadas dominaron en esos países y ahora se encuentran en la oposición y prácticamente expulsados de cualquier manejo del Estado. La reforma agraria que Chávez ha implementado en Venezuela, la que ahora se apresta a introducir Evo Morales en Bolivia al lado de la nacionalización del petróleo y el gas, al igual otras transformaciones que han causado, y causarán, violentos enfrentamientos al interior de esas dos naciones, sirven como ejemplos de lo que significa, para estos países, recuperar el poder para la política, sin soslayar los riesgos que eso implica y los costos que habrá que pagar.

El tercer, y último escenario, para observar los efectos de la política sin poder, es el de los ciudadanos y su apatía política en estos países, en tanto viven sometidos a los vaivenes e inestabilidades de la economía, a la volatilidad de las monedas, a las situaciones de violencia cotidiana y acuciante, o a las penurias que tienen que padecer, por las condiciones de exclusión social en que se encuentran, la mayoría de pobladores

de estos países. En esas condiciones, la democracia formal de la región se sostiene gracias a la continua periodicidad con la que se convoca a elecciones, formalidad que degenera en una especie de gran encuesta o consulta popular que sirve como máximo y acabado argumento para afirmar que América Latina es hoy ejemplo de democracia para el mundo, y que la situación en que viven y las formas como son gobernados estos pueblos cuentan con la aprobación popular, aunque en países como Colombia el índice de abstención sea siempre más alto que el de los votantes.

En este caso, la política sin poder se genera en la cultura política de los ciudadanos que,

El segundo escenario donde se evidencia el fenómeno de la política sin poder es en la situación por la que atraviesan los gobiernos del cono sur latinoamericano que han alcanzado la presidencia, por la vía de las urnas, levantando el estandarte de la izquierda pero presionados, y hasta comprometidos a mantener las políticas y a garantizar la continuidad de los programas que la derecha ha fijado para estos países a lo largo de los últimos veinticinco años.

además de no creer en los procesos democráticos y abstenerse de participar, tienen una baja disposición y disponibilidad para las formas asociativas y organizativas, con mayor razón para una defensa y vigilancia sobre lo público, y mucho menos para mantener variadas y amplias formas organizativas para agenciar la política en los escenarios de representación popular como el parlamento, los concejos locales y otras instancias gubernamentales. En la mayoría de los casos, la elección de los representantes para estos cargos llega hasta el sufragio, desfigurando el voto popular mediante una acción de endoso del poder (ceder los derechos y renunciar a toda posibilidad

de reclamación), en una especie de abandono mutuo: el ciudadano finca todas sus expectativas en la buena voluntad de quien designó como su representante y le deja a su libre accionar, y el que resulta elegido asume que, fuera de haber buscado ganar la elección, no tiene ninguna responsabilidad directa ni con los electores ni siquiera con la agrupación política a nombre de la cual postuló su nombre.

Conclusiones

Considerada esa realidad descrita atrás, tal cual se vive, se sufre y se goza en América Latina, queda siempre la infinita posibilidad de pensar y encontrar salidas, que no están, precisamente, en los escenarios donde estos pueblos han apostado y siempre han perdido: el de la política centrada solamente en figuras protagónicas o absorbida totalmente por los partidos, con poca participación ciudadana. Es en el campo de las ciudadanías donde estriba toda posibilidad de recuperar el sentido de la política puesto que aquí la fuerza y la potencia del

poder constituyente, como afirma Antonio Negri, nutren y movilizan todas las esferas de acción de la sociedad: la economía, las creaciones culturales, la producción de conocimiento, y la política como el arte de inventar y forjar una esfera pública que incluya y propicie diversas maneras de crecimiento y realización de los sujetos. La potencia organizada, es decir *multitud* y no solamente masa, dice Negri, imprime otras racionalidades y otras dinámicas a la política que provienen de la capacidad de los individuos para asociarse y colectivamente movilizarse en torno luchas, propósitos y metas comunes que den vida al ser social.¹⁶

Por supuesto esto no es ni novedoso ni ajeno a los países latinoamericanos. Por el contrario, todos los días en diferentes lugares y espacios de nuestras geografías, centenares de organizaciones sociales y movimientos cívicos, de mujeres, de trabajadores, de pequeños comerciantes y artesanos, de indígenas, de negritudes, y de muchas otras características particulares, se levantan y sostienen urdiendo redes de acción, de movilización y de resistencia, que dan prueba y testimonio de que los cursos de la historia no tienen fin, y que si no fuera por su presencia y acción peor sería la situación de estos pueblos.

Pero no se trata ahora de hacer una exaltación romántica de las organizaciones sociales ni de contraponerles al Estado o a los políticos, como si ellas fueran las depositarias de toda virtud; tampoco se trata de pretender prescindir de los partidos políticos y de sus dirigencias, ni de pensar que las organizaciones sociales son el contrario del Estado. El Estado, hoy más que nunca, es y debe ser protagonista del desarrollo y sigue siendo la máxima expresión de la institucionalidad; y los partidos políticos son necesarios para agenciar la política en los espacios de debate y decisión, sólo que esas instituciones -Estado y partidos políticos- no pueden ni deben seguir actuando a espaldas de la sociedad civil.

Se necesitan reformas estructurales para conseguir la democratización de los partidos y, con

su concurso, garantizar y facilitar la participación de la ciudadanía, y de las organizaciones de ésta, en las discusiones públicas sobre los diferentes problemas de la sociedad y en la búsqueda de soluciones concertadas, creando espacios y estrategias que fomenten y permitan que los diferentes sectores en que se agrupa la población expresen libremente la multiplicidad y el pluralismo de los intereses, y asuman el conflicto de manera agonial, como veíamos con Mouffe, con el firme propósito de fortalecer al Estado para que su presencia y función en estos países genere sólidos y genuinos procesos de integración social, es decir, un Estado al servicio de todos.

Pero esos nuevos roles que se requieren del Estado y de los partidos políticos no resultan de la buena voluntad, porque, como afirma Hannah Arendt, la buena voluntad de hoy no garantiza la buena voluntad de mañana¹⁷; esa tarea sólo se puede realizar contando con la voluntad de poder de la sociedad civil que, en alianza con líderes políticos dispuestos a trabajar para y por la sociedad, sea capaz de rodear y presionar a los miembros del gobierno y del parlamento para que sus actos y decisiones correspondan a los intereses de la sociedad que allí los ha puesto, exigiéndoles, tanto a los gobiernos como a los políticos, rendición de cuentas y vigilando para que los espacios de participación estén siempre abiertos para la interacción Estado-partidos-ciudadanía, a fin de que la política sea un auténtico ejercicio de poder.

De la solidez, movilidad y presencia activa de las organizaciones sociales, esas que componen la sociedad civil, depende hoy, en gran medida, el futuro de millones de gentes de este continente, porque el optimismo de la voluntad colectiva y la acción del poder constituyente puede imponerse no sólo sobre el pesimismo de la razón, sino sobre el despotismo de los tecnócratas, sobre el cinismo de políticos y gobernantes, y sobre el silencio infame de los guerreros (regulares e irregulares), para recuperar el sentido de la política.

Bogotá, Junio 18 de 2006



16 Negri, Antonio, El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad. Madrid. Editorial Libertarias/Prodhufo, S.A.1994. pp. 372 y 373

17 Arendt, Hannah. ¿Qué es la política? Op. Cit. p. 64.

Bibliografía

Arendt, Hannah. *La condición humana.* Barcelona. Ediciones Paidós. 1993

Arendt, Hannah. *¿Qué es la política.* Barcelona. Ediciones Paidós. 1997.

Bauman, Zygmunt. *En busca de la política.* México D. F. Fondo de Cultura Económica. 2002.

Bobbio, Norberto. *Ni con Marx ni contra Marx.* México D. F. Fondo de Cultura Económica. 2000.

Debray, Regis. *El Estado seductor.* Buenos Aires. Ediciones Manantial. 1993.

Negri, Antonio, *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad.* Madrid. Editorial Libertarias/ Prodhufi, S.A. 1994.

Mouffe, Chantal. *El retorno de lo político.* Barcelona. Ediciones Paidós. 1999.

